MI SEPARACIÓN DE LA FAMILIA DUFOT

Mientras se aproximaba el fin de mi estancia en Kaltna y mis amables huéspedes, fieles á sus promesas, hacían sus preparativos para acompañarme, se reponían de nuevo las ruedas de las carretas de provisiones que debían seguirnos. Tanapassary, el herrero de la plantación, forjaba desde la mañana á la noche piezas de repuesto, ayudado de Amondou, que le servía de martillador. La fuerza atlética del negro maravillaba á los cyngaleses mucho más de lo que puede expresarse: durante horas enteras maniobraba con el más pesado de los martillos, sin que una gota de sudor viniera á deslizarse por su piel.

Se veía bien que había nacido en medio de los arenales de la Nubia. ¡Y cómo sabía este bravo muchacho hacerse perdonar su único defecto, su debilidad excesiva por la botella! Se creerá que yo le hubiese ordenado ayudar al herrero en su trabajo, no; se había hecho amigo de Tanapassary y se lo demostraba á su manera aliviándole en la parte más ruda de su tarea.

Otros obreros estaban empleados en la carretería; otros construían una tienda-abrigo, para el caso en que nos viésemos obligados á acampar en los bosques de la montaña, en la que los pueblos son más raros y los asilos ó bengalows están demasiado lejos. Otros preparaban las provisiones de vino, de azúcar, de licor, de café. Bajo la galería, media docena de costureras, bajo la dirección de la señora Dufot, instalaban las cortinas del *haondah*, en la cual debía habitar esta última sobre el lomo del elefante Nirjara.

El *haondah* de viaje es una verdadera habitacioncí-

ta provista de ventanas y de puertas, y en la cual mujeres y niños están al abrigo de todo peligro, tanto de los merodeadores como de las fieras. Basta escoger para portador un elefante de confianza. El noble animal, que es un amigo de la casa al mismo tiempo que un servidor, no os traicionará.

Un día me preguntaba un amigo qué era lo más curioso é interesante que yo había visto en mis viajes.

—¡El elefante!—respondí yo.

—¡Bah!—me dijo mi interlocutor,—¡un elefante! Eso se ve por todas partes. Y con ese acento burlón que es propio del parisién, agregó:

—Yo he encontrado dos ó tres en los boulevares; es verdad que se dirigían al circo.

No, el elefante no se encuentra en todas partes... La pobre bestia que véis arrastrada detrás de un coche, que se exhibe en las ferias con acompañamiento de tigres, leones y chacales, no es un elefante. Mirad sus ojos tristes y melancólicos. Mientras que Jack le lleva su almuerzo, mientras descorcha una botella y cuando el conductor hace restallar su látigo, el elefante sueña en los grandes bosques rodeados de lagos sin fin y en donde se ha deslizado su infancia; ve aquellos horizontes lejanos bordados por el Océano ó por las montañas azuladas; aquellas vastas llanuras en las cuales la verde hierba le llegaba hasta la boca y en donde pacía con libertad; sueña en aquellos vientos tibios y perfumados de la noche que daban la vida á sus poderosos pulmones, en las frutas que tenía la costumbre de sacudir en los árboles, en todo lo que amaba, en fin, y que ya no volverá á ver jamás. Un día se le ha cogido por sorpresa: su dueño, á quien amaba, le ha vendido diciéndole que siga al extranjero; le ha seguido dócilmente, no creyendo que se quisiera engañarle, á él, á quien ninguna fuerza humana podría obligar, si no quisiera obedecer; se le ha embarcado en un navío, después se le ha hecho el esclavo, el servidor, el ganapán del que lo conducía. Todo adhesión y bondad, se adoptará á su nueva familia, estará alegre delante del público y no arruinará demasiado á Jack, que le da de comer, sirviéndole sus mejores frutas.

Sí, pero por la noche, cuando se encuentre sólo en esa jaula que pulverizaría con un sólo golpe de espalda si quisiera reconquistar su libertad, el pobre coloso

llorará, pensando en la costa de Coromandel, en la isla de Manaar, cerca de las cuales se bañaba en sus tiernos años; llorará porque morirá pronto decrépito y tísico, aniquilado por un clima bajo el cual no puede vivir, mientras que en los grandes bosques de Ceylan y en los junglares del Indostan, su abuelo, dos veces centenario, está todavía lleno de fuerza y de salud.

Todos los que asistís á esa agonía que dura de diez á quince años, ¿os habéis preguntado jamás lo que debe sufrir, para morir, ese gigante inteligente que piensa, que recuerda, que ama y que se apena?

¿Sabéis que vive tres siglos en su país, que la Naturaleza le ha dado una salud igual á su fuerza y á su corpulencia, y una inteligencia, la primera en este mundo después de la del hombre? ¿Dudáis bien de los dolores morales y de las torturas físicas que son necesarias para destruir en algunos años esa poderosa máquina?

Y el amigo, el servidor fiel, muere cualquier día sin haber pensado en la venganza.

No, no es ese el elefante, esa pobre bestia que lucha contra el recuerdo y la muerte.

Venid aquí, sobre las orillas del lago Kandellé ó á los valles umbrosos del pico de Adam, si deseáis verlo en todo su vigor y en toda su inteligente majestad.

Es maravilloso ver, en Ceylan, cómo este animal se plega admirablemente á todas las exigencias, á todos los deseos de su dueño; uno después de otro, al ganapán, al leñador, al comisionista, al segador, al fabricante de fagots, á todos obedece á un signo, á una palabra, á un gesto, y realiza el trabajo que se le manda con una inteligencia que razona las órdenes recibidas: eso no deja lugar á ninguna sospecha.

Los antiguos cyngaleses los empleaban en la guerra, para la cual tenían, según parece, maravillosas aptitudes; y la historia del país está llena de luchas y de combates en los cuales los elefantes alcanzaron el primer rango y se cubrieron de gloria, matándose entre sí antes que ceder. Los portugueses, que fueron los primeros que fundaron en la isla una factoría, eran puestos en completa derrota cada vez que intentaban penetrar en el interior, por ejércitos de elefantes que caían sobre ellos sin inquietarse por las armas de fuego.

Cuando uno de estos animales se distinguía por un

rasgo de valor, se le caparazonaba de oro y de plata, y si moría, se le hacían soberbios funerales y se quemaba su cuerpo en una hoguera.

Según las historias cyngalesas, los elefantes guerreros eran alistados en compañías y cuerpos de ejército, con jefes cuyas insignias reconocían y á las cuales obedecían ciegamente.

A los que, por su incredulidad, haga sonreír esta afirmación, recordaré que los romanos fueron batidos en Tusculum y en Heraclea, por Pirro, rey de Epiro, y que este último no debió sus victorias más que á un cuerpo de elefantes lanzados al combate y que, en cada uno de estos encuentros, cargó á la cabeza del ejército y puso en fuga á los soldados de Scipión.

Aunque más pacífico hoy, el elefante no cumple sus funciones con menos celo é inteligencia. No se puede dominarlo, en razón de su fuerza extraordinaria, más que con la dulzura y el razonamiento. ¿Qué se conseguiría por la violencia con un animal que, con un golpe de espalda, puede romper cadenas, postes, empalizadas y murallas, y para quien es cosa de juego quebrar de un trompazo los riñones á un tigre ó á un rinoceronte?

Pero su educación se logra fácilmente. En poco tiempo comprende vuestra lengua y ejecuta vuestras órdenes con una destreza y una prontitud verdaderamente asombrosas.

Seguid á lo largo de los caminos á un elefante acompañado de su conductor; hacen tal vez un largo viaje, tal vez es aquel un elefante sagrado de una pagoda, que va á hacer una peregrinación al Ganges para traer su carga de agua santa que sirva á la fabricación de agua lustral de las ceremonias.

Aproximáos: el indio conversa con su compañero de viaje y lleva sobre éste sus ojos fulgurando inteligencia y malicia, haciendo girar sobre su cabeza, como alas de mariposa, sus dos grandes orejas, con las que parece abanicarse.

Escucharéis ciertamente una conversación de este género, especie de monólogo que el elefante interrumpe de tiempo en tiempo con gritos que indican perfectamente que comprende á su interlocutor.

—¡Bien, Andjâli!—le dice el indio llamándole por su nombre.—¿Quieres darme tu trompa para montarme sobre tu cuello? Estoy fatigado de la marcha.

El animal pasa su trompa al lado opuesto al del conductor.

—¿No quieres? Ya veo lo que es esto; tú prefieres que me quede á tu lado para tener compañía. Pues bien, de verdad, tú no eres razonable; piensa que andamos todo el día; si no eres complaciente conmigo, no te contaré la historia de la bella Nichdaly, arrebatada por Vischnou, y esta noche no tendrás azúcar de palmera ni arroz asado.

Andjâli, á quien la pérdida del relato de las aventuras de la bella Nichdaly parecía interesar poco, al oir hablar de azúcar y de arroz asado, que son las dos cosas por las que tiene una verdadera pasión, endulza su voz, que da entonces como un sonido de trombón, desarrolla su trompa, levanta á su conductor y lo sienta en sus espaldas.

—¡Vaya!—dice el indio.—Te reconozco bien, goloso, nada hay como eso para hacerte marchar. Vamos, bueno, ¿adónde vas ahora? No es razonable que porque veas un campo de caña de azúcar te desvíes de tu camino.

Y el elefante se detiene de pronto, balanceando su trompa, lanzando pequeños gruñidos y arreglándoselas tan bien que el conductor, viendo la pena que causa á su gordo compañero, desciende ordinariamente y le compra una carga de esas suculentas cañas que el animal masca meciéndose y guiñando los ojos con aire santurrón y satisfecho.

Pero no ha llegado al término de sus penas. Que no obedezca á la menor señal, que dé á su conductor un motivo cualquiera de enojo y éste le echará en cara todo el día el regalo que le ha hecho, mientras que el elefante, para apaciguarlo, le acariciará el cuerpo con su trompa ó, á manera de juego, le arrebatará su turbante.

No encuentro una comparación que me parezca más justa: el elefante y su conductor, en campaña, parecen dos niños que van por los caminos riendo, saltando, disputando un poco y quedando, finalmente, como buenos amigos. No se sabría formar una idea del carácter alegre de este animal ni de las muchas vueltas que da gozoso á un lado y á otro por los parajes que le son familiares.

Entre los criados al servicio de la casa de su dueño, hay siempre algunos por los que siente gran afecto y

otros á los que quiere poco: ese afecto y ese aborrecimiento son perfectamente fundados y tienen siempre por origen las atenciones ó indiferencia con que se le trata. No hay agasajos que no prodigue con los que él ama. Si llevan un fardo, se lo descarga; si los encuentra afuera, los coloca en su lomo para entrar en casa; les obedece, aunque no sean los encargados de mandarle, lo que es una gran concesión por parte de un animal que conoce perfectamente quiénes son los que tienen derecho á su obediencia. Les traerá frutas del bosque, á donde va á pasearse con tal intención.

En cuanto á los que, por una ó por otra razón, le desagradan, no le falta nunca ocasión de jugarles una partida chocarrera, es verdad que sin importancia, pero que no es siempre del gusto de quien la sufre: los coloca en los pequeños estanques que sirven para el riego de los arrozales, come el arroz de su comida cuando está á punto de cocerse, con la trompa les inunda de agua ó los balancea en el aire, teniéndolos suspendidos por los faldones de la camisa durante cuatro ó cinco minutos.

Si de pronto apercibe á su dueño cuando se consagra á estos ejercicios, con gran júbilo del campo aliado, toma inmediatamente un aire de indiferencia y se dirige á acariciarlo: tiene miedo de ser reprendido y con su amabilidad trata de prevenirse contra la tempestad.

Es un hecho cuya evidencia no se podría negar: es que comprende todo lo que se le dice, asocia sus ideas, procede por comparación y tiene una prodigiosa memoria. Concediéndole todo eso, estoy menos lejos aún que los indios, que le conceden casi tanta inteligencia como al hombre.

Será todo eso exagerado, sin duda, pero encerrándolo en los límites que indico, se está ciertamente dentro de lo verdadero.

Si no queréis conceder esas cualidades al elefante, si no razona, si no sabe asociar sus ideas, comparar entre ellas y juzgar: no os explicaréis nunca cómo ese coloso, al que jamás fuerza humana sabría contener, se lega de familia á familia durante los dos siglos de su existencia y llega á la hora de su muerte sin haber hecho ningún mal, lo mismo que un niño.

Si el elefante no razona, si no juzga, no os explicaréis nunca de una manera lógica esas pruebas multiplicadas de inteligencia y de razón que da todos los días.

Interesa afirmar que las cualidades intelectuales de este animal (experimento casi un remordimiento al llamarlo así) no son puestas en duda más que por las gentes que no le han visto nunca obrar en el país de donde es originario.

Voy á citar algunos episodios de los que he sido testigo y cuya perfecta autenticidad garantizo. Los escojo entre los menos extraordinarios, no queriendo que se me aplique el dictado de «viajero que viene de lejos (1)».

Si escribiese para los orientales ó únicamente para uno de nuestros compatriotas que han habitado en aquellas comarcas, no me rodearía de tantas precauciones oratorias.

A algunas leguas de Pondichéry existe una pagoda célebre, con el nombre de Villenoor, que recibe en las grandes fiestas de Mayo una tropa de quinientos á seis cientos mil peregrinos, procedentes de todos lados de la India entera. Esta pagoda posee cierto número de elefantes sagrados y, entre ellos, un elefante limosnero.

Dos veces á la semana, acompañado de su conductor, este elefante se dirige á los pueblos y á Pondichéry y hace la cuestación en provecho de los brahamanes de Villenoor. ¡Cuántas veces, trabajando bajo la galería del primer piso de mi casa, rodeado de cortinas de *vétiver*, he visto su gruesa trompa levantar la cortina movible y balancearse pidiéndome una moneda, que aspiraba de mi mano con su trompa á diez metros de distancia, cuando menos!

Jamás dejaba de darle una piececita para su pagoda y para él una libra de pan, que mi criado remojaba en melaza, por la cual era muy goloso. Como debe imaginarse, al poco tiempo nos convertimos en dos amigos. El no me había visto nunca sino desnudo, mejor dicho, vestido con una ligerísima morisca de seda del país y á través de las columnatas del balcón de la galería.

Una vez tuve que marchar á Villenoor para mis asuntos particulares. Llegué al medio día; el sol incendia-

(1) N. del T.—Esta frase vulgar francesa equivale á la nuestra: «A luengas tierras, grandes mentiras.»

ba la tierra; nadie se encontraba en las calles ni en las galerías; todo el mundo dormía la siesta.

Mi carruaje se había detenido en la plaza principal, bajo un mango (árbol), y ya iba á dirigirme hacia la casa del thasildar, jefe del pueblo, cuando de repente y al galope salió de la pagoda, que estaba enfrente, un monstruoso elefante negro. Llegado sobre nosotros, y antes de que yo tuviera tiempo más que para reconocerle, me levantó, me colocó sobre su cuello y tomó á toda velocidad el camino de la pagoda: me hizo atravesar el primer recinto, el del gran estanque de las abluciones, y me condujo derecho al cuarto de los elefantes.

Llegado allí me depositó en tierra, en medio de todos sus camaradas; era el elefante limosnero que me había reconocido. Lanzaba gritos ahogados, acompañados de balanceo de trompa y de aleteo de orejas, que sin duda tradujeron sus amigos en beneficio mío, porque al momento en que el thasildar, seguido de algunos brahamanes de la pagoda, corría á buscar la explicación del suceso, pudieron verme tranquilo y completamente seguro en medio de aquellas monstruosas bestias que me hacían una verdadera ovación.

—Es extraordinario—dijo uno de los brahamanes;—yo no les he visto jamás demostrar tanta amistad á nadie.

Le expliqué entonces mis pequeños regalos hebdomadarios al elefante limosnero.

—No es eso lo que me asombra más—me respondió;—el elefante ha contado ya eso á toda la banda y los golosos te hacen fiestas para conseguir otro tanto.

—¿Podría ser?—dije con admiración.

—Estoy perfectamente seguro. ¿Quiéres hacer la prueba? Pasa el brazo alrededor de la trompa de tu amigo y hazle señas para que salga contigo; te seguirán todos. Déjate llevar y verás adónde te conducen.

Yo seguí punto por punto la recomendación; el elefante limosnero y yo nos pusimos delante; los otros nueve ajustaron inmediatamente el paso, cambiando entre ellos gritos de contento. Franqueamos la puerta de la pagoda y me condujeron derechamente á casa de un panadero indígena. Me hubiera quedado estupefacto si no hubiese conocido ya la maravillosa inteligencia de estos animales... Llegado á la panadería, ya se comprende lo que yo debí ejecutar, y les hice á cada uno un regalo de un pan bañado en ese precioso almíbar de caña que tanto hace sus delicias.

El brahamán con quien yo había entablado conversación, que era profesor de filosofía en el templo de Villenoor, me hizo saber que de tiempo en tiempo el elefante limosnero escapaba á su vigilancia y marchaba á pedir por su cuenta hasta Pondichéry; y como conocía perfectamente el bazar en donde á su regreso iba á la provisión, se dirigía allí, depositaba todo el dinero, que llenaba su trompa, sobre la mesa de un vendedor de frutas, y comía caña de azúcar, ananas, bananas y mangos, todo cuanto el indio quisiera darle.

Del hecho siguiente he sido igualmente testigo ocular.

Todo el mundo sabe que el elefante se aviene á acostumbrarse á cualquier clase de trabajo. Así, no me privaré de relatar otros rasgos que se refieren á otro orden de ideas. Prefiero referir los que indican un verdadero razonamiento por parte del animal.

En las plantaciones se hace á los ganados beber, generalmente, en grandes pilones de madera llenos de agua de pozo sacada con ayuda de una bomba. Se sigue esta costumbre para que, saciados ya, los animales no toquen el agua estancada y putrefacta de los estanques.

Es de ordinario un elefante quien, muy de mañana, da á la bomba durante cerca de una hora, para llenar esos pilones monumentales. Inútil es decir que, acostumbrado á este servicio, no hace falta que se le mande, y que todas las mañanas, una hora antes de levantarse el sol, está ya en su faena, con la exactitud de un despertador... que anda.

Estaba un día en Trichnapoli, en casa de un negociante de mis amigos, que poseía una magnífica casa á algunas leguas de la ciudad; el sol se levantaba; mi criado acababa de despertarme para el baño. Al pasar por el patio vi un grueso elefante blanco que sacaba agua melancólicamente y cerrando los ojos, deniendo el aire distraído y pensativo en esta enojosa tarea. Saludó mi presencia con un gozoso movimiento te orejas—pues desde mi llegada, hacía dos días, le daba abundantes golosinas,—pero no se distrajo de su

trabajo: antes de quedar libre, debía llenar los pilones.

Iba á acariciarlo con la mano, cuando observé que uno de los dos troncos de árbol que sostenía el pilón por cada extremo, había resbalado hacia un lado; ocurría que la pila, que continuaba sosteniéndose al extremo opuesto por el otro tronco, iba á vaciarse, sin que fuera posible llenarla desde el momento en que el agua se desnivelaba de alto abajo.

Me detuve para ver en lo que paraba aquello.

Viendo caer el agua por el borde inferior, el elefante iba á abandonar su faena, creyéndola terminada, cuando se apercibió de que para quedar lleno el pilón faltaba por un lado más de un pie para llegar al borde; ¿se obstinaría en sacar agua hasta que la pila apareciese llena por los dos lados, lo que no debía ocurrir nunca?

Al cabo de algunos minutos el agua, en efecto, comenzó á escurrirse por el lado en que había perdido la pila su apoyo. El elefante, viendo eso, comenzó á dar algunas señales de contrariedad; pero como por el otro borde faltaba más para llenarse, continuó dando á la bomba.

Viendo que el agua continuaba escapándose, abandonó el mango de la bomba y fué á observar de cerca el fenómono de que, al parecer, no podía darse cuenta; tres veces volvió á dar á la bomba y otras tres veces se dirigió á observar la pila. Yo, impaciente por ver cómo terminaba aquella aventura, me hacía todo ojos. De pronto, un fuerte movimiento de orejas pareció indicar que la luz se hacía en su inteligencia.

Fuése á oler el tronco de árbol que había resbalado por debajo del pilón; por un momento creí que iba á colocarlo en su sitio; pero no era ese lado, lo comprendí, el que le sobresaltaba, el que le inquietaba, sino el lado contrario, que no quería llenarse. Desde el instante en que se apoderó bien de la dificultad que le preocupaba, no tardó ya mucho tiempo en salir del paso. Levantando el pilón, que apoyó por un momento sobre una de sus gruesas patas, arrancó el segundo tronco de árbol con su trompa y dejó caer el pilón que, descansando por todas partes sobre el suelo, pudo llenarse cómodamente.

A esta prueba de inteligencia razonada, que, sin embargo, ya esperaba aunque no la preveía tan completa, pasó por mí alguna cosa extraña que no sabría

explicar: las lágrimas asomaron á mis ojos y durante algunos instantes quedé absorto por una serie de pensamientos sobre el eterno problema del alma y de la vida, constantemente discutido y siempre sin solución. ¿No acababa de demostrarme este elefante que estaba mil veces más por encima del rastrero gusano de tierra, que yo no podía menos de ser, en comparación suya?

Y entonces...

En todas las casas, las mujeres y los niños son sus favoritos, y sería peligroso para un extraño simular que los golpeaba en su presencia.

Es delicioso verlo conduciendo á paseo á los niños de su dueño; nada tienen que temer, ni de las serpientes, ni de las fieras, ni de las hornagueras, ni de los estanques; vela con más solicitud que el más celoso de los criados.

Va á pasos contados, á lo largo de los pequeños caminos, regulando su marcha por la de los nenes, cogiéndoles flores, frutas de los árboles, merodeando por los cañaverales de azúcar; con un movimiento quebranta una rama para los que quieren hacerse látigos ó bastones. Atiende á toda la banda que le grita gozosa: «Tomy, por aquí; Tomy, por allá.»

—Yo quiero esa mariposa. Y Tomy se aproxima dulcemente al pobre insectillo y lo atrae con una aspiración de su trompa.

—Yo quiero comer aquel grueso mango que está allí en lo alto. Y Tomy coge el mango.

—Yo quiero esa hermosa flor amarilla que está en medio del estanque. Y Tomy se mete en el agua hasta el cuello para buscar aquella flor.

Al menor ruido de que no pueda bien darse cuenta, si percibe á lo lejos en la espesura un chacal ó una hiena, reune de prisa á toda la pollada entre sus patas delanteras, bajo la protección de su trompa; comienza á mugir de cólera, ¡y desgraciado del que intentara arrebatarle uno de sus niños!: tigre, león ú hombre, serían en un instante estrellados contra la tierra.

En las riberas del Ganges, país llano, pantanoso, cubierto de junglares y arrozales, verdadera patria del tigre real de Bengala, los combates entre esta fiera y el elefante, protegiendo á los ganados, á los criados ó á los hijos de su dueño, son casi diarios.

Los tigres de esta especie son de tal modo feroces, que jamás rehusan la lucha, cuyo resultado consiste para ellos invariablemente en ser aplastados bajo las patas de su terrible adversario.

Tanto como el elefante es implacable en sus combates con el tigre, el oso ó el rinoceronte, á los que jamás hace gracia, tanto más es dulce, bueno y humano con los animales inofensivos. Y lleva esta dulzura á tal extremo que, cualquiera que sea el imperio que sobre él podáis ejercer, no conseguiréis que destruya ni un insecto.

Conocia á estos animalitos, que los niños llaman *bestias del buen Dios*; la misma especie existe en la India, aunque á poco cerca de una mitad más gruesa. He visto con frecuencia, á título de experiencia, coger uno de esos insectos, colocarlo en una superficie plana, en las losas del patio, por ejemplo, y mandar á un elefante aplastarlo poniendo el pie encima; ni su amo ni su conductor consiguieron nunca impedirle que levantara el pie al pasar sobre el insectillo, con la intención bien evidente de no causarle mal alguno. Si, por el contrario, le mandábais cogerlo, lo tomaba delicadamente con la punta de su trompa y os lo ponía en las manos, sin rozar siquiera sus alas.

Nirjara, el elefante querido de la señora Dufot, era un admirable animal. Pertenecía á la raza blanca, que es la más inteligente entre todas; de edad de treinta á cuarenta años, estaba en toda la fuerza de la juventud, casi de la infancia, puesto que no debía adquirir su completo desarrollo hasta pasados los cincuenta años.

No había nacido en los dominios de la plantación. Cogido en la caza por otros elefantes que se emplean á este fin, se había dado como regalo á su dueña actual; desde el instante en que se acostumbró á su nueva situación, sin ánimo de volver á la vida libre de las montañas, la señora Dufot lo hizo el guardián de sus dos hijos y el compañero de todos sus viajes y correrías.

Aun para los más simples paseos había llegado á abandonar completamente su carruaje por el *haondah* llevado por Nirjara.

Allí—decía la señora Dufot,—mis hijos y yo gozamos de una seguridad que no sabrían darnos los caballos más dulces y mejor adiestrados. Nirjara no necesita frenos ni bridas; lo conducimos con una palabra ó con una caricia.

El hermoso animal, que no tenía otro empleo en la casa, era completamente libre de ir y venir por donde bien le pareciese; pero se alejaba poco; siempre atento al silbido de su dueña, por la cual sentía una afección fanática, corría á la menor señal. Lo he visto con mucha frecuencia acurrucado á algunos pasos de la galería, siguiendo con sus ojos, durante horas enteras, todos los movimientos de su dueña, interpelándola de tiempo en tiempo con pequeños gritos que endulzaba todo lo posible, sin conseguir, sin embargo, hacerlos armoniosos.

A una señal de la señora Dufot, Nirjara hubiera destrozado toda la casa, y eso se concibe. Todos los días, encima de su hierba fresca, le hacía servir un pan de ocho libras, mitad arroz, mitad maíz, ámpliamente endulzado con almíbar de caña, y le hacía comer ella misma á las horas de sus comidas.

Se le fabricaba expresamente bebida refrescante con caña machacada en el agua, y el robusto animal la encontraba muy de su gusto. ¿Se ponía malo en tiempo húmedo porque la humedad le entraba en la cabeza? De prisa una infusión compuesta así: tres litros de agua, un litro de almíbar de caña de azúcar, un litro de vino con bastante canela y clavo de especia para llamar el calor á la piel.—«Toma, Nirjara bebe bien caliente; eso te hará bien»—Y el grueso animal sorbía de una lengüetada, guiñando los ojos, y vacío ya el vaso esperaba veinte veces cuando menos á que le llenara nuevamente con el bienhechor líquido.

M. Dufot decía á menudo, chanceándose:

—Uno de estos días va á dar con el secreto y veréis entonces al truhán ponerse á toser para que se le sirva vino caliente.

Algunas veces, para contrariar á su amable compañera, añadía: «Si he cometido algunas buenas acciones en mi vida y puedo elegir la recompensa, pediré volver al cuerpo de Nirjara.

Se ve que montado sobre este elefante y protegido por él, la señora Dufot nada podía temer de la excursión que íbamos á emprender.

Terminados nuestros preparativos, fijamos nuestro itinerario de la manera siguiente: se convino en que

á pequeñas jornadas efectuaríamos nuestra marcha sobre Kandy, capital del interior de la isla, por el pico de Adam y los montes Kotmalé; y de Kandy, por Atgalé, el fuerte Dowal y Kandeloor hasta Nallandé sobre el Ambaar, afluente del Mahavellé-Gangea, que debía remontar solo con Amondou hasta Trinquemalé.

La pequeña villa de Nallandé, situada á noventa millas próximamente de Kaltna, fué fijada como el término final de la excursión de la familia Dufot y como lugar de nuestra separación.

No debíamos recorrer juntos más que un trayecto de unas treinta leguas; pero las dificultades del camino á través de los bosques y de las montañas, juntamente con la circunstancia de que no viajaríamos ni de noche ni durante las horas de calor, debían exigir diez días, cuando menos, para franquear esta distancia. No es inútil decir que había comprado por mi propia cuenta una carreta de bueyes y contratado un bohis para llevar nuestras provisiones personales y conducirnos, á Amondou y á mí, hasta Trinquemalé.

M. Dufot llevaba consigo un tren verdaderamente de príncipe. Diez carros con bueyes, ocho caballos de silla de repuesto, dos elefantes, dos palanquines y dos portadores para caso de enfermedad de cualquiera de nosotros. Nirjara, con el *haondah* de su dueña y treinta criados de ambos sexos, con tiendas, vajilla, batería de cocina, camas y hamacas, nos acompañaba. Todas las tardes, á las seis, cualquiera que fuese el punto en donde nos encontráramos, se instalaba el campamento, guardado por los elefantes en caso de aventura nocturna y de visita de las fieras.

La tienda se instalaba en menos de nada, con sus hamacas y sus lechos-divanes; la cocina se hacía al aire libre y nuestra mesa estaba servida con plata y porcelana, lo mismo que en la plantación. Una gran cantidad de volátiles y de caza de todas clases, comprada en los pueblos, venía á aumentar nuestras provisiones; pero la verdadera base de nuestra nutrición se componía sobre todo de karry, que es excitante y confortante al mismo tiempo y el más agradable y enérgico que se conoce. Al cabo de algunos días de viaje, por mi parte yo no tocaba á otra cosa.

He aquí, para los gastrónomos, la receta de ese plato divino:

El mejor Karry, á mi entender, es el que se hace con volatería grasosa.

Cortad una cebolla gruesa, lo más finamente que podáis, y revolvedla en el fondo de una cacerola con manteca fresca; cuando esté á punto, es decir, bien roja, añadid, desleyéndola en la manteca caliente, una fuerte cucharada de pasta de Karry y bañadla casi instantáneamente con medio litro de caldo de pollo y un vaso de leche de coco fresca.

La pasta de Karry se compone de un puñado de granos exóticos machacados y frescos, todos juntos, llamados en la India *massales*.

El volátil, cortado propiamente en pedazos, según las coyunturas, es puesto entonces á cocer en este caldo, del que apenas debe quedar como medio vaso reducido á jugo de carne en el momento de servirlo.

Antes de echarlo al plato es preciso añadir media cucharada de jugo de limón.

El volátil, así preparado, se come con arroz cocido al agua, salado y ligeramente coloreado con azafrán, á guisa de pan.

La pasta fresca del Karry de la India, puede reemplazarse en Europa por el polvo seco de los diferentes granos que la componen y que se encuentra en casa de todos los comerciantes de comestibles, pero que debe rehusarse enérgicamente si su marca no procede de Calcuta. El vaso de leche de coco se reemplaza fácilmente por un vaso de leche de almendras muy ligero. Tres almendras molidas bastan para ello.

Este plato, de los más simples en apariencia, es de los más difíciles para tener acierto, hasta el punto de que no he podido encontrar jamás en Europa un cocinero que lo supiera preparar. De ordinario, no se sirve con el nombre de Karry más que una horrible mixtura que un indio ni siquiera querría probar.

Un filete Chateaubriand se compone de manteca, de filete de buey y de patatas. ¿Qué hay, en apariencia, de más simple y que no indica, sin embargo, la diferencia que hay entre comer este plato preparado por los cuidados de un artista ó por los de un bodegonero?

Pido se me perdone por haber dado esta receta, que algunos calificarán, tal vez, de entremés mal colocado en un relato de viaje; otros, por el contrario, la pondrán en práctica con un interés de gula cosmopolita